



INTRODUCCIÓN

Un fragmento en *Los cuadernos de Juan Rulfo* sugiere una vía para ir de la vida a la obra del jalisciense a través de la escritura. El fragmento se llama “Mi padre” y tiene un fuerte carácter autobiográfico. Allí, alguien anota que han venido a decirle que su padre acaba de ser asesinado, y él se resiste a despertar: sueña que tiene un animal entre los brazos, “un venado dormido, pequeño como un pájaro sin alas; tibio como un corazón quieto y palpitante, pero adormecido”.

Poco más abajo una voz le hace saber que el “venado ha muerto. Es sólo un animal muerto entre los brazos”.

Y le advierte:

—Ya son las tres de la mañana y hemos traído a tu padre. Lo han asesinado anoche.

Anoche. ¿Cuál noche? Mi vida no tiene una noche. No es oscura. La vida siempre vive de día. ¿Qué dices?¹

El venado y el día son como la infancia cegadora de luz. La noche de la obra de Rulfo, la de las tumbas de *Pedro Páramo*, la de las mujeres enlutadas de “Luvina”, la de la fuga de los cristeros en “La noche que lo dejaron solo” y la de tantos otros pasajes, comienza simbólicamente con el asesinato de Juan Nepomuceno Pérez Rulfo la madrugada del 1 de junio de 1925, por la hacienda de Chachahuatlán, a manos del “joven J. Guadalupe Nava Palacios”.²

Este borrador de *Los cuadernos...* tiene después un pasaje que parece salido de la pluma de W. H. Auden:

—¿Quién? ¿Hablas de mi padre? Él no puede morir. Nadie le puede hacer nada. La justicia mataría la tierra. Secaría los caminos y haría inútil ya la vida para el hombre. Él nos ha dado la vida y si sentimos que hay día es por él, y si sentimos que hay vida es por él. No puede morir.³

La noticia fue aterradora para un niño que acababa de cumplir seis años. Fue tan paralizante que réplicas como la anterior sólo pudieron ser colocadas en la boca, muchos años después, gracias al paulatino proceso y al poder de la escritura, por el cual él volvió a dar presencia al pasado y dispuso de una voz en éste, la misma voz que debió ahogarse, junto con el sueño y la luz, cuando lo sacudieron para despertarlo aquella madrugada.

La lenta transustanciación de estas líneas concluiría en un escueto diálogo al final de uno de los fragmentos iniciales de *Pedro Páramo*:

—Han matado a tu padre.

—¿Y a ti quién te mató, madre?⁴

Líneas arriba, la madre aparece envuelta con atributos de virgen trascendental, ya demasiado frágil para vivir en esta tierra:

Y aquí, aquella mujer, de pie en el umbral; su cuerpo impidiendo la llegada del día; dejando asomar, a través de sus brazos, retazos de cielo, y debajo de sus pies regueros de luz; una luz asperjada como si el suelo debajo de ella estuviera anegado en lágrimas.⁵

PÁGINA ANTERIOR:

Hacienda y pueblo de Apulco en la década de 1930.
Foto de Juan Rulfo.

1 *Los cuadernos de Juan Rulfo*, p. 50.

2 Federico Munguía, “Antecedentes y datos biográficos de Juan Rulfo”, p. 329. Munguía ofrece el 9 de junio como la fecha del crimen. La correspondencia familiar documenta el dato preciso.

3 *Los cuadernos...*, pp. 50-51.

4 *Pedro Páramo*, p. 40. La importancia para el propio Rulfo de este segmento y de las implicaciones y las raíces del mismo, se confirma con el hecho de que él lo eligió para grabarlo cuando en 1958 la colección *Voz Viva de México*, de la Universidad Nacional Autónoma de México, incluyó pasajes de su obra. El escritor siempre tuvo por cierto un afecto especial hacia nuestra Casa de Estudios, para la que trabajó cuando dirigió la colección.

5 *Pedro Páramo*, pp. 39-40.

En la biografía del bandolero, Ramón Rubín habla de los lugartenientes, los amigos y los enemigos de éste. Entre los primeros se encuentra la famosa y sanguinaria “Perra”, de cuyo corrido Rulfo tomó dos versos para el único epígrafe en toda su obra canónica; merece citarse íntegro aquél, como expresión de la felonía y la crueldad de Zamora y de quienes, con él, asolaron la región natal del novelista:

El año de dieciséis,
con fecha cuatro de marzo,
murió *La Perra* valiente;
lo hicieron dos mil pedazos.

En la hacienda de Volcanes,
¡no me quisiera acordar!
murió *La Perra* valiente
en la esquina de un corral.

Gritó la valiente *Perra*
cuando se *vido rodiado*:
¡No corra, mi general!
Pos qué, ¿no me ve sitiado?

El general avanzando,
¡qué caso le *bía* de hacer!
“*Desfiéndete* como puedas,
que algún fin has de tener.”

Grita Roberto Moreno:
“Yo también cargo escopeta;
ya mataron a *La Perra*,
pero nos queda *El Peseta*.”

Decía Catarino Díaz:
“Vámonos para La Barca;
ya mataron a *La Perra*,
pero nos queda *La Urraca*.”

Gritaba Pedro Zamora:
“*La Perra*, ¿dónde estarás?”
Contestaba Catarino:
“Ya estará en la *eternidá*.”

Gritaba el capitán Téllez
cómo fue que lo mató:
estando tan malherido
el *mausser* le descargó.

Gritaba Pedro Zamora,
en medio de los balazos:
“He salido de aguaceros:
contimás de *nublinazos*.”

Le gritaba el mayor Flores:
“¡Vamos a exponer la vida,
díganle a los oficiales
que les dejen la salida!”

Gritaba Pedro Zamora,
al llegar a Los Cerritos:
“Ya mataron a *La Perra*,
pero quedan los perritos.”

¡Ahora mi *Perra* valiente!
Ya se te acabó la fama;
ya estás bueno *pa* la birria,
para venderte mañana.

Allá va la despedida
en este combate cruel,
donde ascendió el mayor Flores
a teniente coronel.³³



Plaza “La Constitución” en Sayula, Jalisco. 1903.
Foto de H. J. Gutiérrez.

La “Perra” llevó el nombre de Saturnino Medina. Pasó a la historia oral “por su crueldad inaudita”, motivo del sobrenombre.³⁴ Lugarteniente de Pedro Zamora, “alcanzó el grado de mayor primero”. Fue guerrillero villista sin que dejara de dedicarse al bandolerismo. Murió en Volcanes, municipio de Atenguillo, el 4 de marzo de 1916, mientras combatía contra las tropas constitucionalistas de Venustiano Carranza, cuando la Revolución se había partido irremediabilmente en dos bandos.

LA BATALLA DE SAYULA Y OTROS HECHOS DE GUERRA

Después de que el Centauro del Norte cedió la zona a los carrancistas durante los primeros meses de 1915, Zamora intentó recuperar la ciudad donde menos de dos años después sería registrado y bautizado Juan Rulfo: el sábado 28 de agosto sorprendió a la corta guarnición carrancista y atacó Sayula.³⁵ El vicepresidente municipal organizó la defensa, preocupado por el inconveniente de que el capitán Francisco Bravo y otros oficiales se distraían a esas horas en una casa de citas con tal jolgorio que no aparecieron sino después de los acontecimientos.

La batalla se centró en la iglesia, en la presidencia municipal y en “una casa de alto situada en la segunda cuadra de la calle Constitución”. Los seiscientos asaltantes bajaron a toda prisa de los cerros cercanos y entraron por el oeste haciendo bulla. Su armamento incluía un tubo lanzabombas contra los reductos defensivos. Entre las muchas historias orales que causó la batalla, prevalecieron las que dieron noticia del rapto de “dos bonitas muchachas apodadas *las Guayabitas*”, del incendio de la parte norte del portal Iturbide, del robo de la bodega de los ferrocarriles, de la destrucción de un puente de la vía y del corte de la línea telegráfica. Los zamoristas se retiraron en la madrugada porque una locomotora próxima silbaba en la oscuridad, y ellos supusieron que iban llegando refuerzos para la defensa.

El caudillo se sintió dueño de la región, y ante la falta de garantías varias familias de Atejamac de Brizuela, de Tapalpa, de San Gabriel, de Tonaya y de otros pueblos serranos y bajos, vinieron, dice Munguía, a refugiarse en Sayula. Entre ellas se encontraban los Brizuela, los González, los Villa Michel y los Pérez Rulfo Vizcaíno.

Los vecinos y las acordadas debían de cualquier modo hacer frente a los embates del guerrillero, y justo cuando Juan cumplía dos meses, el 16 de julio de 1917, aquél salió de su cuartel en el rancho Carrizales para atacar Tapalpa; la atmósfera oral que rodeó a quien iba a convertir en instrumento literario un ambiente semejante, estaba llena por esos días de miedo y de muerte. Al final, Zamora tuvo que replegarse.

Todavía diez días antes del primer cumpleaños del escritor, el 6 de mayo de 1918, Zamora intentó asaltar el tren de pasajeros que venía de Manzanillo. El lector recordará la escena de “El Llano en llamas” que marca el punto en que el Zamora literario se excede incluso en sus propios excesos y provoca tal furia con el descarrilamiento de un tren que el gobierno decide apretar el cerco en torno suyo. Resulta que la estrategia del Zamora de carne y hueso consistió en mandar una avanzada que cayera por sorpresa sobre una cuadrilla; ésta reparaba “la vía en lo alto de la cuesta, cerca de la estación de banderas de San Nicolás” y fue obligada a quitar quince metros de riel. La leyenda cuenta que, para fortuna de muchos inocentes, uno de los peones de la cuadrilla logró esconderse, alcanzó la máquina en algún recodo e hizo señas al maquinista. El ferrocarrilero maniobró con sangre fría y evitó un salvaje asalto.³⁶

ZAMORA EN LA CORRESPONDENCIA FAMILIAR Y EN LA OBRA

Junto con otros caudillos y bandoleros, Zamora aparece en la correspondencia de los Pérez Jiménez-Rulfo. Por ejemplo, el 21 de mayo de 1920 Cheno escribió desde Eagle Pass a su padre para preguntarle por aquél (“¿qué es ahora y dónde está?”). La inquietud se hizo más explícita en una carta de siete días después:

Ahora con el n/o Gobierno Provisional quizá pudieran sacar a los Estrada, a Zamora y a todos los que merodean por allá para otra parte, a fin de que se pudiera trabajar por allá con confianza.

Los caudillos con vagos principios de reivindicación social eran vistos por el padre sólo como bandoleros, de una manera similar a como el lector ve al Tilcuate en *Pedro Páramo*, gracias a las astucias del cacique. Seguramente, Juan Nepomuceno habría oído con mucho gusto aquello que su hijo escribió años después en “El Llano en llamas”:

33 Ramón Rubín, *La Revolución sin mística*. Pedro Zamora. *Historia de un violador*, pp. 52-54. La Fundación Juan Rulfo ha encontrado en papeles de Juan Rulfo la fuente de los versos citados en *Pedro Páramo*, “Mi novia me dio un pañuelo / con orillas de llorar”. Se trata de la canción “La macetilla embalsamada”, que, como todas las obras populares, cuenta con varias versiones. Existe por cierto la centenaria tradición de llamar “macetillas embalsamadas” a cancioneros populares: “embalsamado” no tiene la connotación de “muerto” o “petrificado”, sino la pura denotación de “bañado de bálsamo”, es decir, “aromado”, “perfumado”, “aromático”.

34 *Diccionario histórico y biográfico de la Revolución Mexicana IV*, p. 122.

35 Munguía, *La Provincia...* p. 245.

36 *Idem*, pp. 245-246.